

Jorge Albistur: La voz del texto

Gustavo Martínez

Tuve la suerte de ser su alumno en el IPA durante el curso único de Literatura Española que había en el currículo de entonces. Y, de inmediato, como a tantos compañeros de aquella época, nos fascinó y se convirtió en un modelo de relación con la literatura y de su transmisión en clase. Albistur era alguien que hablaba, no del texto, sino desde adentro de él, porque su lectura era un modo de habitarlo, de convivir con él. Todo lo que decía acerca de las obras era fruto de haberlas largamente escuchado. El texto literario jamás fue un pretexto para él, como lo es y lo ha sido para tantos críticos que simplemente lo convierten en pedestal de su ego. El modo como nos atrapaba en sus clases o mantenía en vilo la atención del público en sus conferencias brotaba de su pasión por lo que había leído y de su capacidad para hacer sentir la palpitación misma del texto.

El suyo no era un saber meramente intelectual, sino sensible y entrañable. Su análisis brotaba de la vivencia. Hacía disfrutar desde su propio disfrute. Y esto era igualmente notorio tanto en el plano de la comunicación directa (en un salón de clase, en una sala de conferencias o en la mesa de un bar) como en la lectura de sus publicaciones críticas (libro o prensa). Leerlo era (es) estar viéndolo, oyéndolo. Ambos aspectos de su quehacer tienen un mismo origen: la sensación de que no solo conoce a fondo los textos, sino que los ha saboreado, paladeado morosamente.

Por eso, era, sigue y seguirá siendo en nuestro recuerdo del docente y del crítico, un revelador de textos. Puesto que había ahondado en ellos, convivido con ellos, era capaz de condensar un aspecto esencial en apenas una frase sentenciosa y rotunda, incluso a pesar de que la formule como pregunta, según puede verse en este ejemplo:

“¿Cómo se librará Don Quijote de una comicidad fatal, conatural a él mismo, si es hombre que vive en permanente espectáculo?” (*Leyendo el Quijote*, pág. 90).

La comicidad del personaje, el ridículo en el que tantas veces cae, no es producto únicamente, como a menudo se ha dicho, de la zafia incomprensión de los demás sino, como lo pone de manifiesto Albistur, del propio exhibicionismo del personaje algo que, seguramente, hace revolverse en su tumba a los románticos, pero que no por eso deja de ser cierto.

Sin embargo, esa capacidad de captar un aspecto medular de una obra y de revelarlo de manera inolvidable no se manifestaba solo en relación a tal o cual obra aislada, sino al conjunto de ellas en un determinado período, así como en el modo de formularlo por medio de una

Gustavo Martínez

E-mail: minaya07@gmail.com

Profesor de Literatura, egresado del Instituto de Profesores “Artigas”. Ejerció la docencia en la enseñanza secundaria pública y privada. Se desempeñó como profesor de Lit. Española I y III y Corrientes Literarias en el Instituto de Profesores “Artigas” entre 1990 y 2008 inclusive. Ha publicado, entre otros, estudios críticos sobre Julio Cortázar, Juan Rulfo, A. Roa Bastos y artículos de su especialidad en la revista digital “Espéculo” de la Universidad Complutense, en “[sic]” de la Asociación de Profesores de Literatura (APLU) y en “Maldoror”. Autor de los libros *Historias en las grietas*, *Desde la ventanilla* y *La hora de la Erinia*.

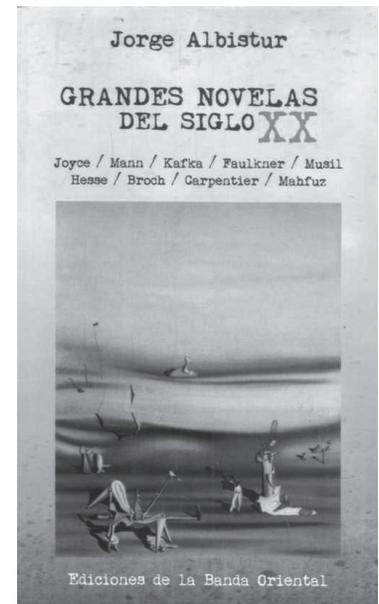


imagen sencilla, directa e iluminadora: “Algunas grandes novelas del siglo XX espían, en puntas de pie, al siglo XXI” (*Grandes novelas del siglo XX*, pág. 11). Imagen que hace innecesaria una larga disquisición sobre proyecciones de dicho género entre un siglo y otro y deja su marca indeleble en quien la lee, señalándole sin pedantería ni paternalismo, una posible ruta de investigación a seguir. De investigación no solo acerca del tema, sino del matiz sugestivo latente en ese “espían, en puntas de pie”. Preguntarse sobre el porqué de la imagen es un modo de hallarse en el rastro de una nueva perspectiva acerca de un tema de por sí manido. No hace falta jerga crítica para sembrar cuando la mano del sembrador rebosa de semillas.

Si algo caracterizaba también a Albistur profesor y crítico era el poder de establecer vínculos inesperados entre la obra de la que hablaba o sobre la que escribía con otra u otras aparentemente muy alejadas de aquella, sin puntos de contacto obvios o ya explorados, que abría para oyentes y lectores (y ya dijimos y no nos asusta repetirnos en este caso que, para quienes le conocimos, leerlo es seguir oyéndolo) las puertas de la comprensión no solo del texto al que circunstancialmente analizaba sino de aquel o aquellos con quienes lo ponía en relación: “...las novelas de Proust son una odisea donde el tiempo ha sustituido al mar que ha sido siempre el territorio de la aventura” (*En tiempos de incertidumbre*, pág. 116). Proust y Homero, dos autores y sus obras, entre los que no parece haber ningún vínculo, acercados de un modo tan certero que abre una multiplicidad de caminos para adentrarse en la exploración de cada uno de ellos o en la del puente tendido entre ellos.

Y permítanme una anécdota para cerrar, una anécdota que conlleva el sentimiento de lo que para mí significó haber sido su alumno y frecuente oyente de sus conferencias y lector-oyente de sus libros. En una novela del escritor español Raúl Guerra Garrido (1935) titulada *El otoño siempre hiere* (2000), el narrador, también un escritor, relata su visita a la biblioteca de la universidad de El Salvador para dar una conferencia y la sorpresa que le causó, no solo ver las huellas en las paredes de las balas que golpearon el edificio durante la guerra civil en ese país, sino sobre todo el hecho de no ver libros por ningún lado. Al terminar su conferencia, alguien le dice que muchos estudiantes desean que les firme sus libros. El personaje cree que son los de su autoría, pero de inmediato descubre que no es así, cuando una chica se le acerca con un ejemplar de *La Celestina* y los que la siguen traen textos de Unamuno, Faulkner, Roa Bastos. En la novela no se dice pero el contexto habilita a interpretar que son libros de esa biblioteca salvados por los estudiantes. Conmovido, el narrador confiesa que al firmar *La Celestina* escribió “Fernando de Rojas”. Y en cada uno de los otros puso el nombre del autor correspondiente a modo de firma.

La lectura de este episodio de la novela me hizo pensar en seguida que yo tengo muchos libros en mi biblioteca (*Don Quijote*, *La Celestina*, *Libro de Buen amor*, etc.) que, aunque no se vea, llevan la firma de Jorge Albistur porque fue él quien me los iluminó, me los hizo disfrutar y me abrió múltiples perspectivas de lectura sobre ellos. Eso es, precisamente, lo que hacen los grandes profesores y si hay algo que Jorge Albistur era por sobre todas las cosas era eso: Profesor.